

ciones secretas, y hablar de lo futuro como si estuviera presente. Veían que á su voz obedecía toda la naturaleza, se ahuyentaban todas las enfermedades, y la muerte misma perdía sus derechos. Pero nada les causaba tanta admiracion, ni cautivaba tan poderosamente sus corazones como el desinterés que en él advertían. Quedábanse atónitos de verle despreciar el oro, y de que no recibía los estipendios acostumbrados por la administracion de los sacramentos. Este despego de las cosas del mundo, y la admirable castidad con que vivió, le granjeó de los indios el nombre de *fraile de Dios*, que era el modo con que le llamaban y con que explicaban el extraordinario concepto que les habian merecido sus virtudes.

Siete años estuvo el santo en las Indias, y en ellos son innumerables los gentiles que convirtió, y las almas que sacó de sus caminos errados. En su vuelta á España sosegó una tempestad en que todos se creían perdidos, solo con hacer la señal de la cruz sobre las encrespadas olas. Luego que llegó al puerto, se encaminó para Valencia, y aunque sus frailes le recibieron con toda la veneracion debida á su santidad, el humilde fray Luis quiso volver al noviciado, pareciéndole que cuanto habia hecho hasta entonces era nada, y que debia principiar de nuevo su carrera. Los religiosos permitieron este desahogo á su fervor; pero conociendo sus grandes merecimientos, le hicieron prior del convento de San Onofre, despues maestro de novicios del de Valencia, y últimamente prior del mismo convento. En todos estos empleos se portaba con sus súditos con el amor de un verdadero padre, y con la integridad de un hombre justo. En su interior era el último y mas despreciable de todos; pero en el exterior hacia con la severidad de sus costumbres que todos estuviesen sujetos y respetasen a ley. Promovía con sumo zelo el amor á los estudios, el ejer-

cicio de la predicacion y la asistencia al confesonario. Estos augustos empleos sabia que no se podían ejercer dignamente sin mucha oracion, sin mucha caridad y sin mucho retiro. Por esta causa, zelaba con gran cuidado sobre que sus religiosos practicasen todas estas virtudes; y como el ejemplo del superior es el mas poderoso incentivo, él mismo iba delante con esta leccion práctica. Así como los virtuosos encontraban en él un padre amoroso y benéfico, de la misma manera los tibios y relajados hallaban un juez severo é inexorable; pero en los castigos que prescribia la ley hacia conocer á los culpados que los amaba como á hijos, y que su severidad no tenia otro objeto que sus culpas. Este modo de proceder le trajo grandes sinsabores, persecuciones y trabajos de parte de algunos que no podían sufrir el resplandor de tanta luz, ni acomodar sus costumbres á la rectitud que el santo exigía. Todo lo sufrió con invencible ánimo y gran paciencia, y el mismo Dios le dió á entender en algunas visiones cuánto mas le agradaba el ver padecer á sus siervos por su amor, que aquellas virtudes que se crián á la sombra del descanso y las dulzuras. Los delicados cargos de la prelacia le traían continuamente inquieto, temiendo que entre tantas obligaciones no podría conservar la pureza de su conciencia. Era tal su temor, que algunas veces solía decir á sus religiosos que pidiesen á Dios no le cogiese la muerte mientras fuese prior, sino despues que se viese libre del cargo de almas.

Este deseo tan justo, y que manifiesta cuánto temía desagradar al Señor, se lo concedió su Majestad, exonerándole de cargos tan terribles antes de llamarle á sí. Luego que se vió el santo libre de tantos cuidados, y presintiendo que estaba cercana su muerte, comenzó á disponerse para ella con mayor fervor que el que habia observado toda su vida. Multiplicó

los ayunos, las asperezas, las vigili-
as, y con singularidad el ejercicio de la oración. No salió mas del convento; asistía á todo el coro, y por mínimas que fuesen las observancias de comunidad, era el primero á ellas, sin que sirviesen de pretexto para eximirse de su cumplimiento, ni su ancianidad, ni sus achaques, ni los diferentes cargos que con tanto honor habia obtenido. Tanto fervor de espíritu no quiso Dios que careciese de recompensa ni aun en esta vida. Regalóle el Señor con frecuentes visiones, en que se le aparecieron unas veces san Francisco y santo Domingo, y otras Jesucristo y su santísima Madre. De aquí le nació aquella conformidad en las penosas enfermedades y terribles dolores que le afligieron en el último trance de su vida: de aquí le nació el consuelo de saber que estaba en gracia de Dios, y que su Majestad habia determinado llevarle para sí el día 9 de octubre, día de san Dionisio Areopagita, como el santo se lo aseguró á don Juan de Ribera, patriarca de Valencia, un año antes de su dichoso tránsito. Y de aquí, finalmente, le provino aquella fortaleza con que repetía aquellas palabras de san Agustín: *Abrasad, Señor, aquí: cortad aquí: no perdoneis aquí, para que me perdoneis para siempre.* Estaba el santo en una pobre cama, sufriendo en todas las partes de su cuerpo intensísimos dolores; pero su rostro alegre como el de un ángel manifestaba la tranquilidad y gozo de su corazón. Advirtiendo el arzobispo las muchas penas que le afligian, le preguntó si estaba contento en medio de tantos males como Dios habia sido servido enviarle. A esta pregunta satisfizo san Luis diciendo: *Os digo, señor, con toda verdad, que no trocaría estos dolores que padezco por todos los bienes y delicias del mundo; estoy confuso de ver cómo, siendo tan gran pecador, me hace Dios tan grandes favores.* Sin embargo de esto, su espíritu agigantado no se contentaba con las penalidades de su

enfermedad, sino que quería ejercitar otras austeras penitencias. Yendo un religioso á componerle la ropa, advirtió que se habia metido un ladrillo entre la túnica y la carne, para impedir de esta manera que su cuerpo pudiese tener algun reposo. Afeóselo el religioso con cariño, representándole que, estando tan enfermo y débil, podría quitarle la vida; á lo cual respondió el santo: *¡Oh hermano, acércase ya la jornada, y se necesita mucho para ir al cie'lo!* Con el mismo espíritu de penitencia solicitó pocos días antes de morir que le quitasen la camisa, y le pusiesen la túnica de lana, segun el estilo de su orden. En la vispera de su muerte creyeron los religiosos que iba ya á espirar; comenzaron á decirle la recomendación del alma; pero el santo, abriendo los ojos, les dijo: *Váyanse ahora, que tiempo tendrán de hacerlo.* Verificóse así; porque al día siguiente llamó al arzobispo, y le dijo: *Señor, ya me muero, despídase de mí, dígame un evangelio, y écheme su bendición.* Condescendió el venerable arzobispo, dijéronle los religiosos la recomendación del alma, y al tiempo de concluir la exhaló su purísimo espíritu, yéndose á gozar en la eternidad bienaventurada el premio de tantas virtudes. Sucedió su dichoso tránsito el referido día 9 de octubre del año de 1531, segun el mismo santo lo habia profetizado muchas veces.

Luego que murió se vieron celestiales resplandores en su celda, sobre el convento y en otros diferentes lugares. Varias personas devotas testificaron haber oído músicas de ángeles, tanto en la iglesia alrededor de su cuerpo, como en el entierro de los religiosos en donde fué sepultado. Toda la ciudad de Valencia se conmovió, y vinieron á venerar el sagrado cuerpo, en el cual advertían un extraño resplandor y suavísima fragancia, cual convenia á la virginal pureza que habia conservado toda su vida, á pesar de

las exquisitas diligencias con que intentaron empañarla mujeres lascivas. Dios confirmó la santidad de su siervo con repetidos milagros; los cuales, habiendo sido aprobados con la autenticidad acostumbrada, y examinadas sus virtudes en grado heróico, fué beatificado por Paulo V, y canonizado por Clemente X en el año de 1691.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesus, recomendable por la austeridad de su vida, por el don de oracion que habia recibido de Dios, el ánimo con que renunció las grandezas del siglo, y la resolucion con que se negó á admitir las primeras dignidades de la Iglesia.

En la isla de Candia, san Pinito, obispo muy distinguido; y lo fué de la ciudad de Cnoso, hoy Ginosá, y vivió en tiempo de Marco Antonino Vero y Lucio Aurelio Cómodo. En sus escritos ha dejado, como en un espejo, una viva imágen de sí mismo.

En Colonia, san Gereon, mártir, con otros trescientos diez y ocho, que, en la persecucion de Maximiano, alargaron animosos sus cuellos á los filos de la espada por la verdadera religion.

En las inmediaciones de la misma ciudad, san Victor y sus compañeros, mártires.

En Bona de Alemania, san Casinso y san Florente, con otros muchos mártires.

En Nicomedia, san Eulampio y santa Eulampia, virgen, su hermana, mártires. Habiendo sabido Eulampia que su hermano era atormentado por la fe de Jesucristo, se abalanzó por entre la turba, y se llegó á él abrazándole tiernamente. Al punto fueron ambos metidos en una caldera de aceite hirviendo; mas no habiendo recibido lesion alguna, consumaron

su martirio siendo decapitados con otros doscientos, que, movidos del prodigio, habian creído en Jesucristo.

En York de Inglaterra, san Paulino, obispo, discipulo de san Gregorio papa, que, habiendo sido enviado por él con otros á aquel pais para predicar allí el Evangelio, convirtió á la fe de Jesucristo al rey Edwin y á su pueblo.

En Piombino de Toscana, san Cerbonio, obispo y confesor, quien, segun relacion de san Gregorio, resplandeció en milagros durante su vida y despues de su muerte.

En Verona, otro san Cerbonio, obispo.

En Capua, san Paulino, obispo.

En Nantes, san Claro, primer obispo de aquella ciudad.

En Hasteir en el obispado de Namur, san Noncio, que habia sido porquero. Su cuerpo es venerado en Vazor.

En Joarre, santa Telquida, virgen, primera abadesa de aquel monasterio.

En Luitre cerca de Rameru, en la diócesis de Troyes en Champaña, santa Tancha, virgen y mártir, venerada en Anjou.

Cerca de Aire en el Artois, san Venanto, solitario, muerto por unos malévolos.

En Sens, san Aldrico, obispo de aquella ciudad, cuyo cuerpo es venerado en Ferrieres en Gatinais, donde habia sido monje, luego abad.

Dicho dia, el venerable Hugues de Montaigu, obispo de Auxerre.

En Bethmada en el reino de Persia, el martirio de san Acépsimas, obispo, azotado hasta la muerte en la persecucion del rey Sapor, en la cual dice Sozomeno contarse diez y seis mil mártires entre hombres y mujeres, cuyos nombres se saben, y una